

# ¡Por favor, no traigan sapos a clase!

Gervasio

**E**ra como mi tercer año de enseñanza de la biología en la escuela secundaria y mis compañeros de área me llevaban años de experiencia. Por tanto, era mucho lo que podía aprender de ellos, se mantenían mis ojos abiertos y mis oídos despiertos.

Las guías eran una pauta de trabajo. Además, no podía olvidar que para aprender ciencia era necesario "aprender haciendo", es decir, la experiencia de aula o práctica de laboratorio. Tengo que aceptar que las prácticas no han sido mi fuerte, es que un laboratorio requiere de un tiempo adecuado y de una preparación previa, no basta con que el colegio cuente con una excelente aula.

Pero estaba aprendiendo. Entonces, bienvenida la ciencia. En este proceso de aquel año me acomodé a los talleres preparados por mi compañera de área y a nivel, pues a través de la historia del colegio ella ha demostrado suficiencia y preparación continua, y este año tenía listas todas las guías de práctica de octavo.

La de aquel día era la disección de un cordado, donde se iban a identificar la morfología de los distintos aparatos que le permiten a un ser vivo funcionar. No podía descubrir temores, pues sentía que me había recibido. Mi molestia, por una parte, era causada porque muchos animales, además de generar en mí que los pelos se me pongan de punta, me crean en la conciencia un sentimiento de culpabilidad tan grande que me da la sensación de asumir la función de un juez que determina la pena de muerte de un inocente.

Como no había nada que hacer me preparé psicológicamente y comencé a dar algunas instrucciones al grupo para hacer menos traumática aquella experiencia: *—Por favor niñas, aquí está la guía para que preparen su próximo laboratorio, procuren trabajar con peces, anfibios o con aves; no traigan mamíferos, generalmente, ellos son sus mascotas, pero animal que traigan, será sacrificado.* Luego continué: *—Como nuestro tiempo es tan escaso, deben sacrificar los animales en su casa, para evitar al máximo que ellos sufran, los peces y los anfibios los colocan en un frasco de alcohol; si trabajan con aves, principalmente, palomas, coloquen sus manos firmemente debajo de las alas, luego presionen con fuerza para ocasionarles un paro respiratorio. No olviden que trabajamos en seis grupos.*

Confiado de estar haciendo lo mejor del mundo y seguro de que mis alumnas seguirían paso a paso mis instrucciones comencé a revisar mis prácticas de laboratorio de la universidad, olvidando que yo estaba trabajando con adolescentes, más dispuestas a jugar y buscar cualquier motivo que con el tiempo se convirtiera en anécdota.

El día de la práctica las niñas se ubicaron en el laboratorio en los seis grupos dispuestos con anticipación, luego comenzaron a sacar sus implementos y cinco tremendos Bufos (sapos), vivitos y coleccionando. Además, un grupo con una sonrisa de diablura que les llenaba el rostro jugueteaban con un Hamster (roedor). Eso me indispuso, no sabía cómo controlar mi adrenalina, ni la gritería de las alumnas más formales.

Los bufos son anfibios, por lo general, bastante grandes, rugosos, fríos y con un color café desagradable, en el caso del roedor, cuando había trabajado con ratones de laboratorio, casi siempre nos los entregaban muertos y en alguna ocasión que la práctica incluía sacrificio, un compañero caritativo me colaboró.

Hoy debía sacrificar seis animales que nada me habían hecho; debía comenzar pronto porque el tiempo iba corriendo. Cada animal debía sujetarse firmemente para evitar que saliera saltando, luego

de insensibilizarlo, se debía colocar con el vientre hacia arriba y atar con cuerdas sus extremidades. Cuando hicimos la primera incisión con el bisturí el animal soltó una de sus manos y el grito de las alumnas del grupo fue general. Yo no podía gritar, pero sentía mi corazón con taquicardia.

Fue necesario llamarles al orden con un grito, en cualquier momento nos iban a llamar la atención y yo debía mantener el control. Aún me faltaban cuatro sapos y un roedor, me acerqué al segundo grupo, pero al recibir el animal, se me resbaló y comenzó a dar saltos por toda el aula. La gritería permitió a los otros tres escapar como si fuera fuga masiva. Ahora eran cuatro anfibios anura, desordenando una clase en un colegio formal, y treinta y seis Homo Sapiens femeninos en histeria colectiva. El único que quedó congelado fue el Hamster, que no sé por qué no se escapó.

Tampoco sé como se presentó al final la recaptura de los desordenados anfibios, pero nuevamente hablamos logrado consolidar los grupos. Yo debía controlar mis nervios, debía mantener mi mano más firme y trabajar sin perder un solo minuto. Trabajaba con el segundo bufo, cuando esta vez escuché un alarido aterrador en el grupo del roedor; las niñas trataban de aplicarle cloroformo con un pequeño pomito de algodón para anestesiarlo y esperaban la colaboración del animal, pero éste, como mecanismo de defensa, mordió a una de las chicas.

Rápidamente me acerqué a ese mesón; el dedo índice de la mano derecha de Martha Patricia sangraba copiosamente. Pensé que la mejor manera de llamarle la atención era asustarla, entonces le dije: *—Ahora, te toca dejarte aplicar como unas veinte inyecciones alrededor del ombligo.* Y me retiré a terminar mi labor.

Los bufos tres, cuatro y cinco me permitieron establecer un récord mundial. Por fin, llegué al grupo del mamífero roedor y les pregunté por lo que había pasado; cuando me explicaban lo sucedido y excusándose porque habían querido llevar la contraria, me di cuenta de la ausencia de Martha Patricia en el grupo. Una de las chicas me explicó que se había asustado muchísimo y se había ido a consultar al médico del colegio.

No podía aplicarle el cloroformo al animal. El estaba molesto y aunque no tenía apariencia de estar enfermo debía evitar el riesgo de que cualquier persona se contagiara de rabia. Ni el roedor, ni yo estábamos dispuestos a perdonar un nuevo error. Entonces, recordé la práctica del sacrificio del ratón en la U. Debía tomar el animal por la cola para hacerlo girar, como cuando David mató con una honda a Goliath. Luego, sin soltarla, debía colocar mis dedos índice y pulgar de la mano izquierda en la parte posterior de la cabeza, para finalmente pegar,



Ilustración: Obra de Víctor Laiglesia, Ignición. Libro Nueva Imagen.

de un solo tajo, un tirón fuerte. No era tan fácil, pues el Hamster tiene un rabo muy corto, pero me di mañas, pegué el jalón y ¡zas!, apareció nuevamente Martha, quien me dijo: *—Profesor, que no mate el ratón, dijo el doctor.*

El roedor no había muerto aún, pero ya no tenía posibilidades de sobrevivir. Entonces la más osada del grupo asumió el bisturí y comenzó con un corte que abre la piel del animal desde la zona de la faringe hasta el ano. El grupo ya no presentaba signos de indisciplina y Martha nuevamente había salido del salón para informarle al médico que debía solicitar a la Secretaría de Salud las dosis de vacuna antirrábica para seguridad de todos.

Por fin sonó el timbre que anunciaba el inicio del receso. La niñas habían terminado su práctica y habían hecho sus anotaciones para la entrega del informe; les recordé que se debía levantar todo el desorden, y que los restos de los animales los debían depositar en las canecas del patio interior.

En su afán Martha Patricia se había comunicado con su casa y desde allí su madre lo había hecho con el servicio médico, de donde remitieron al Instituto Nacional de Salud (INS); un pequeño accidente de aula se había convertido en un asunto de Estado. El INS requirió la cabeza del atacante. Entonces ordené recuperar todo el cuerpo del animal para que fuera depositado en una bolsa.

Al terminar el descanso escolar me acerqué a ese curso que se disponía a entrar a un aula diferente y con una maestra distinta; cuando ella supo que había estado trabajando en disección de animales les obligó a bañarse nuevamente las manos para poderles permitir el ingreso al

salón. Estando listas a entrar, llegué yo con la bolsa que depositaba el cadáver.

Se presentó una pequeña discusión con mi colega, pues mientras yo quería imponer la entrega de la bolsa ella se negaba a dictar su clase si el paquete entraba. Ganó su histeria, porque finalmente el paquete quedó bajo la vigilancia del celador de turno.

Luego de las pruebas los especialistas del Instituto determinaron que no era necesario aplicar la antirrábica. Martha estaba feliz, se había escapado de las inyecciones y además era el centro de atención de muchas alumnas del colegio. De mi parte, fui citado por la dirección de la institución. El llamado de atención incluyó la lectura de la norma que impide las prácticas de vivisección, y la firma de una notificación escrita del hecho. Doy gracias a Dios, no porque el Hamster hubiese estado limpio de rabia, no porque Martha se hubiese salvado de las inyecciones. Es más, creo que se las merecía. No, daba las gracias porque ahora tenía una razón más para no volver a atentar contra la vida de los animales. ■